

Coronavirus en el mundo

La pandemia y la muerte

Este es el tiempo que podemos aprovechar para llevar esperanza a aquellos que aún no conocen a Dios.



Alejandra Montamat
Para Reflexión Bautista



Génesis 2:17

No comas del fruto de ese árbol, porque el día en que comas de él, tendrás que morir.

La sociedad actual había logrado acallar, con bastante éxito, la idea de la muerte concentrándose en los grandes hitos que irrumpieron en el siglo XXI. Por ejemplo, en algunos países con gran adelanto tecnológico los robots ya están al cuidado de los ancianos que no pueden valerse por sí mismos.

Sin embargo, en otras latitudes existen suficientes pruebas de falta de libertad y de educación con la consecuente pobreza y marginalidad que acarrea muchas muertes evitables. Estos numerosos grupos sociales se encuentran mayormente distribuidos en países subdesarrollados, bajo gobiernos totalitarios o conviviendo entre conflictos armados, desastres naturales o en campos de refugiados. Ellos atraen el interés casi exclusivo de organizaciones humanitarias, sanitarias y religiosas que tratan de concientizar y lograr ayuda de otras sociedades que han alcanzado el estado de bienestar.

La sorpresa

Así transcurría el comienzo del año 2020 cuando una epidemia causada por una nueva enfermedad viral respiratoria interrumpió la serenidad de las almas de la sociedad posmoderna. Como inició en el territorio de un país asiático altamente competitivo, pero poco democrático, la sospecha de un intento de agresión a la sociedad occidental sonaba verosímil, al igual que un despiadado interés por reducir la clase pasiva ya que en Wuhan, epicentro del coronavirus, se reportaban particularmente muertes de personas mayores.

Cuando la emergencia se trasladó al corazón del viejo mundo, lo que parecía ser un problema lejano para los argentinos, se tornó rápidamente en un trastorno local, intensificado por los frecuentes viajes de personas entre ambos continentes. La Organización Mundial de la Salud (OMS) finalmente declaró en el mes de marzo (no sin resistencia) que el mundo enfrentaba la pandemia del COVID 19.

Pandemia y letalidad

La historia se encargará de describir las secuelas económicas y sociales que dejará esta pandemia. Pero creo necesario aclarar que el término describe la rápida diseminación de la enfermedad en distintos puntos del planeta provocada por un elevado nivel de contagio entre personas. No parece tener mucha más agresividad que la gripe, pero como se difunde rápidamente y los humanos son huéspedes novicios; a cuatro meses de iniciada, se han registrado alrededor del mundo más de 213,000 muertes.

La decisión más universalmente tomada a la fecha ha sido el aislamiento social, ya que todavía no se conoce totalmente cómo hacer frente a la complicación del cuadro respiratorio. Se sabe que ser adulto con enfermedades agregadas predispone a la complicación y que una propagación descontrolada a nivel local puede hacer colapsar el sistema de salud. Hasta que haya una vacuna probada y distribuida alrededor del mundo, se mantendrá la incertidumbre respecto de cuándo liberar las cuarentenas decretadas.

¿Qué piensan los cristianos acerca de este evento universal? ¿Estamos ante una señal apocalíptica? Con el propósito de ayudar a ver en perspectiva el impacto de

esta enfermedad, mencionaremos que la OMS reporta anualmente entre 290,000 y 600,000 muertes en todo el mundo debido a influenza estacional y sus complicaciones, cifras que fluctúan debido a picos epidémicos. En 2018 la misma organización registró 770,000 muertes relacionadas con el SIDA, la mitad de la cifra de 2005. Cada año mueren alrededor de 9 millones de niños menores de 5 años por causas fácilmente controlables (nutrición, agua potable y vacunación) y aunque asuste la cifra, la mortalidad infantil se ha reducido un 35% en la última década.

En 2018 en Argentina fallecieron cerca de 32,000 personas por gripe y neumonías agregadas, esta cifra incluye también niños. En nuestro país mueren anualmente un promedio de 7000 niños en su primer año de vida y existe casi el mismo promedio de muertes anuales por accidentes de tránsito. La asociación Luchemos por la vida registra la cifra de 7274 fallecidos en todo el territorio argentino durante el 2018.

Dadas estas cifras, la epidemia COVID19 no cambiará significativamente la tasa de mortalidad en nuestro país (fallecen alrededor de 350,000 personas al año) y es probable que se reduzcan significativamente las muertes por gripe estacional porque el lavado de manos, la vacunación preventiva y el aislamiento disminuirán el contagio en personas vulnerables.

taja de la legislación que autoriza la eutanasia.

Cristianos desconcertados

No me asombra la actitud de las personas incrédulas tanto como la de muchos cristianos. Quizá no conocen tanto al Señor como lo suponían, tal vez no comprendan qué significa que Dios es soberano, omnisciente y todopoderoso. Algunos están buscando refugiarse en promesas bíblicas que fueron dadas bajo un pacto condicional, o referidas al Mesías. Otros están preguntando si acaso ya comenzaron los juicios del Día del Señor profetizados para el tiempo del fin. Otros están desconcertados porque no pueden reunirse para las actividades sociales o los servicios de alabanza dominicales y se preguntan cómo pueden "servir" sin instrumentos ni tecnología. Los encargados del área administrativa ven reducidas las finanzas de la congregación porque no se pueden recoger ofrendas en forma presencial.

Muerte física y muerte espiritual

Nuestros queridos hermanos mayores, entrenados en la vida de oración, son quizá los que más naturalmente toman esta experiencia. La vida humana tiene un



Coronavirus, la enfermedad que nadie pensó cerraría fronteras y acercaría la muerte en poco tiempo.

Medidas desesperadas

¿Por qué entonces semejante alarma internacional? ¿Son justificadas las medidas adoptadas por la mayoría de los liderazgos políticos? Comenzamos expresando que gran parte de la sociedad moderna, desarrollada e interconectada, creía dominados los enemigos naturales y a resguardo sanitario para dedicarse al ocio, la creatividad y el disfrute de los beneficios alcanzados. Pero en unas pocas semanas, entendió que la vulnerabilidad también es parte del ADN humano. El pánico a la muerte ha generado un sin número de actitudes y emociones donde resaltan la depresión y la ansiedad. Tengo entre mis conocidos un argentino residente en Europa hace más de 50 años que atravesó el océano para refugiarse con su esposa portuguesa en una quinta paterna del interior de Buenos Aires; también una tía octogenaria agnóstica y quejosa de la decadencia social y económica que no ha salido de su habitación de la residencia de mayores en la que vive por terror a contagiarse, la misma que en nuestras charlas quería convencerme de la ven-

límite puesto por Dios. Él conoce nuestros días, Él tiene cuidado de todos nosotros, Él y sólo Él apagará la luz que verán nuestros ojos. Los cristianos vivimos bajo la esperanza de la resurrección y la vida eterna.

La muerte física es parte de la experiencia humana desde el juicio de Edén, pero Dios está más ocupado en dar vida espiritual, porque sin ella, nadie podrá nunca experimentar una relación personal con el Dios que se ha revelado en la Biblia ni podrá descansar en la promesa que Jesús su Hijo le declaró a una mujer que lloraba frente la tumba de su hermano muerto hacía tres días: Yo soy el que da la vida y el que hace que los muertos vuelvan a vivir. Quien pone su confianza en mí, aunque muera, vivirá.

El tránsito hacia la enfermedad y la muerte es un recuerdo de que el pecado todavía afecta nuestras vidas, aunque seamos cristianos seguros de nuestra salvación. Pero debemos tener la compasión de Cristo por todos aquellos que transitan su vida física, pero son muertos espirituales, hoy es el tiempo oportuno y no podemos dejarlo pasar. Que Dios sea glorificado también en esta pandemia.